

# EL JEFE DE LA MANADA

Inés Garland

 Siruela

Las Tres Edades

*Para Paz,  
que me escuchó en las siestas de Colonia.*

## EL DÍA EN QUE EMPEZÓ ESTA HISTORIA

Si mis padres y los padres de Milo hubieran sabido que en el Rosedal nos íbamos a hacer amigos de Gudrek y que por hacernos amigos de Gudrek nos íbamos a meter en la historia que voy a contar, jamás nos habrían dado permiso para ir solos. Nosotros nos la pasábamos soñando con ir a Colonia a lo del abuelo Tato y no nos podíamos imaginar que las aventuras nos esperaban frente a nuestra propia casa, sin necesidad de viajar a ninguna parte. Teníamos muchas ganas de aprender a comunicarnos por telepatía, y la esperanza de aprender a volar, pero una cosa es soñar y hablar todo el día de lo que te gustaría que te pasase y otra cosa es verte metido en una historia imposible de imaginar. Y una cosa es que te gusten los perros y sueñes con tener uno y otra es que termines viviendo una historia totalmente inesperada con todos los perros del barrio.

Voy a empezar por ese sábado, dos días antes de irnos a Colonia a visitar al abuelo Tato, el día en que

vimos al chico de negro por primera vez. Esa mañana Milo y yo fuimos al Rosedal con mi mamá, la mamá de Milo (que es hermana de mi mamá) y mi hermanita Lourdes. Nuestras mamás abrieron una lona amarilla sobre el pasto y estaban ahí hablando al sol y tomando mate. Milo y yo jugábamos a la escondida entre los canteros. Ya habíamos jugado varias vueltas y Milo, que no puede jugar al mismo juego mucho rato porque se aburre, se había empezado a aburrir. Yo estaba agachada detrás del cantero de las Floribunda –que así se llaman esas rosas–. Ningún cantero era mejor para esconderse, pero los arbustos de Floribunda son tan tupidos que no podía ver por dónde estaba Milo. De pronto lo vi. Estaba del otro lado del cantero dando saltos como un conejo para mirar por encima de las rosas. Yo me agaché más todavía, y me puse bien cerca de las plantas, pero no tan cerca como para que me pincharan. Lo escuché llamarme, Nina, Nina, dónde estás, cada vez más cerca, y empecé a avanzar en cuatro patas mirando hacia atrás. Por mirar hacia atrás, no vi las piernas con pantalones negros que estaban en mi camino y me las choqué.

–¡Ay! –grité, aunque el que debería haber gritado era el dueño de las piernas, porque yo le había pegado bastante fuerte con la cabeza en las canillas.

Cuando levanté la vista, lo primero que vi fue el lente de una cámara de fotos. Clic.

El dueño de la cámara era un chico más grande

que nosotros, de unos diecisiete años, con la boca torcida como un perro cuando empieza a gruñir. Tenía el pelo muy corto, casi rapado, y estaba vestido de negro a pesar del calor, pantalón negro, campera de cuero negra, borceguíes negros. En la garganta tenía el tatuaje de un cuchillo manchado de sangre. Era tan impresionante el color de la sangre que parecía que el cuchillo lo lastimaba de verdad.

Milo, en vez de gritar piedra libre, lo miraba también, inmóvil como yo.

Yo le quería preguntar por qué me había sacado una foto, pero no me salían las palabras.

—¿Tengo monos en la cara? —dijo el chico.

Su voz era muy finita, estrangulada, y eso fue lo que más miedo me dio. Era como si el cuchillo le amenazara la voz y él no pudiera dejarla salir. Después de ese día iba a reconocer esa voz para siempre.

—Nenitos pesados —dijo, y se alejó por los canteros.

Milo lo burló con una cara de asco.

—Sigámoslo —dijo.

Típico de él. Lo único que a mí no se me hubiera ocurrido era ponerme a seguir al chico de negro, pero Milo ya lo estaba siguiendo como si de repente se hubiera convertido en detective.

—Ya volvemos —le grité a mamá para que no se preocupara.

—¿Adónde van? —dijo mamá.

Hice un gesto con la mano que no señalaba nada y corrí para alcanzar a Milo.

–¿Te parece una buena idea? –le pregunté.

No sé ni para qué le pregunté. Él no tenía miedo. Siempre era yo la que tenía miedo. Odiaba ser siempre yo la que tenía miedo.